



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:	El ensayo y la vida
Autor:	Weinberg, Liliana
Forma sugerida de citar:	Weinberg, L. (1998). El ensayo y la vida. <i>Cuadernos Americanos</i> , 2(68), 227-233.
Publicado en la revista:	<i>Cuadernos Americanos</i>

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 68, (marzo-abril de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

El ensayo y la vida

Por *Liliana WEINBERG*

*Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos,
Universidad Nacional Autónoma de México*

QUIERO, EN PRIMER LUGAR, desentrañar el sentido del seudónimo-homenaje con el que presenté mi texto a concurso. “Agustina Mendoza” corresponde al nombre de mi madre, seguido del de la provincia argentina donde ella nació y donde, por mágica coincidencia, nació también mi marido, a quien—paradojas del exilio conocí en México. “Agustina Mendoza” es entonces el homenaje a esta maravillosa mujer que murió hace apenas seis meses y que nos dejó a los suyos enormemente solos: cuando muere una madre muere un mundo.

Por mi boca y por mi mano escribe ella. Hija de inmigrantes, gente de trabajo como la que construyó la Argentina verdadera, buena gente que creyó en la democracia, en la escuela, en la participación política, en el ahorro, en dar estudio a los hijos, mi madre no perteneció a la generación que combatió el sarampión con trapos rojos, como lo hace un inolvidable personaje de García Márquez, sino a la generación que combatió la amenaza de poliomielitis barriendo y limpiando la vereda, para evitar que la peste alcanzara a los hijos. Luchadora a ultranza, racionalista a ultranza, progresista a ultranza, optimista a ultranza, llegó de la provincia de Mendoza a Buenos Aires, y allí se quedó para siempre.

Por mi boca y por mi mano escribe también mi padre, aquí, para mi fortuna, presente, el modelo de “entendedor ideal” a que alude mi ensayo. En la biblioteca y conversaciones de mi padre aprendí a admirar a Aristóteles y a Hegel no más que a Sarmiento y Henríquez Ureña, a San Juan de la Cruz, a Quevedo y a Cervantes no más que al Padre Las Casas, a Neruda o a García Márquez, y nunca, sino muchos años después, descubrí que a los unos y a los otros los separaba una relación colonial, la distancia abismal con que Próspero, el dueño de las palabras, reduce la voz de Calibán a balbuceo ininteligible, como tan bien lo ha interpretado, en su relectura latinoamericana de Shakespeare, Leopoldo Zea.

Por mi boca y por mi mano hablan y escriben los múltiples autores explícitamente citados y admirados —Tomás Segovia, José Lezama Lima, Pedro Henriquez Ureña, Ezequiel Martínez Estrada, Alfonso Reyes, Luis Cardoza y Aragón, Gabriel García Márquez, José María Arguedas, Octavio Paz, Jorge Luis Borges— como también la miriada de escritores y pensadores con quienes implícitamente he estado dialogando y discutiendo a lo largo de estos años.

Por mi boca y por mi mano habla también la lengua. En algún momento del oficio de escribir, en el momento más vertiginoso, sentimos, como dice Tomás Segovia, que la lengua habla a través de nosotros; de algún modo no somos, añado yo, sino transmisores a través de los cuales la cultura se escribe a sí misma, ya que el acarreo de materiales conceptuales, simbólicos, de tradiciones y de creación permanente que es la lengua, se manifiesta a través de nosotros. Me siento así la feliz y plena poseedora de una lengua, la lengua española, cumpliendo de este modo el anhelo de los cuatro abuelos inmigrantes: la ciudadanía de la lengua. Ciudadana de la lengua española, integrante del pueblo del Quijote.

Habla por mi boca y escribe por mi mano mi propia condición, que es la condición del exiliado. No entiendo como exiliado solamente al que debe salir del país de origen a riesgo de su vida, debido a persecuciones políticas, hambrunas y guerras. El exilio tiene en nuestros días mil y una formas, que a veces lo hacen parecer una “elección”, aunque pronto se descubre en ellos una “elección necesaria”. Tal fue mi caso, cuando la particular asfixia de un duro momento de la Argentina, especialmente para alguien que pensaba dedicarse a las ciencias sociales, me llevó a viajar a México, tierra de promisión intelectual, la tierra de *Juan Pérez Jolote* y de *Pedro Páramo*. Aquí, mientras trabajaba poesía folklórica como ayudante de Carlos Horacio Magis, descubrí mi vocación y mi destino: la literatura, el lugar de engarce perfecto de una lengua y una cultura, el lugar de los símbolos.

Y curiosamente, cuando debí escoger tema para mi tesis de doctorado en El Colegio de México, nueva elección necesaria, descubrí la figura del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, uno de los intelectuales que más se ha acercado a la condición de “exilio y marginalidad metafóricos” permanentes a que se refiere, en páginas admirables, Edward Said. Martínez Estrada vivió, como Adorno, otro intelectual muy querido por mí, como una figura marginal privada de las ventajas anejas al privilegio, al poder y al hecho de “sentirse en casa”. Intelectuales “quintaesenciados”, “pa-

radójicos, irónicos, críticos implacables”, de la mano de Martínez Estrada y Adorno ingresé en el mundo del ensayo.

Como escribe también Said, “un intelectual es como un naufrago que aprende a vivir en cierto sentido *con* la tierra firme, no *sobre* ella, no como Robinson Crusoe, cuya meta es colonizar su pequeña isla, sino más bien como Marco Polo, cuyo sentido de lo maravilloso nunca le abandona y es siempre un viajero, un huésped provisional, no un aprovechado, conquistador, o invasor”.

Me siento plenamente de acuerdo con esta caracterización de Said, y con esta otra: “Debido a que el exiliado ve las cosas en función de lo que ha dejado atrás y, a la vez, en función de lo que le rodea aquí y ahora, hay una doble perspectiva que nunca muestra las cosas aisladas”.

El yo, aquí, ahora del exiliado se reviste entonces de una nueva complejidad. Siempre me llamó la atención el verso de una canción que canta mi admirada Mercedes Sosa, en el que se habla de “esta tierra lejana”. Extraños versos, que ocultan una contradicción, y sólo se pueden entender a la luz de la idea de exilio: si es *ésta* la tierra, por lo tanto no es lejana, y si es lejana, no puede señalársela como *ésta*. El exiliado vive esta compleja condición, de nostalgia y de descubrimiento al mismo tiempo, viajero siempre en busca de casa.

Pocos han descrito con tanta precisión esta trágica nostalgia y este empecinado amor por el nuevo hogar, esta permanente necesidad de un viaje a la semilla que anida en todo exiliado, como Luis Cardoza y Aragón, en páginas que cito en mi ensayo, dedicadas a su esposa Lya: “No amamos nuestra tierra por grande y poderosa, por débil y pequeña, por sus nieves y noches blancas o su diluvio solar. La amamos, simplemente, porque es nuestra”. Pero no es menos fuerte esta nostálgica invocación a los orígenes que la pasión por México, a la que describo también por boca de Cardoza y Aragón: “México nos sobrepasa terriblemente, dolorosamente, infinitamente. Se experimenta, aun sin conocerlo, su turbadora presencia en el espacio”.

¿Y cuál es la esperanza de éste y de todos estos exiliados permanentes que son los intelectuales auténticos, de los que se mantienen permanentemente en suspenso, de estas figuras marginales privadas de las ventajas anejas al privilegio, al poder y al hecho de “sentirse en casa”, o más aún, quienes han hecho del no sentirse en casa en el propio hogar una forma de moralidad? (Pienso, por ejemplo, en Esteban Echeverría y en Sarmiento). Como lo escribió

Adorno al final de su vida, "la esperanza del intelectual no es influir de algún modo sobre el mundo, sino que algún día en algún lugar alguien vaya a leer lo que él escribió exactamente como lo escribió". Ser leído y entendido es, pues, una forma de suspender la angustia, una forma de volver a sentirse en casa. De allí la idea de Paraíso que invoca mi ensayo.

Por mi boca y por mi mano hablan mis filias y hablan mis fobias. Calvino y Borge, por ejemplo, entre los primeros, puesto que son hace ya muchos años autores indispensables para mí. Y hablan, sobre todo, los autores capaces de movernos a pensar y a imaginar. En un rincón de Colombia, el coronel Aureliano Buendía compra a Melquiades, vendedor de maravillas, un astrolabio y otros objetos con los que se encierra en su gabinete a descubrir el mundo. Sale por fin un día de fiebre y declara que acaba de descubrir que la tierra es redonda. En un lugar no distante del Caribe, la bellísima Helena mulata cantada por el *Omeros* de Derek Walcott, que calza sus pies perfectos con sandalias de plástico tomadas de la patrona para quien trabaja, desencadena una nueva épica desde la isla de las Iguanas, que comienza cuando acaba la destrucción del lugar por parte del hombre blanco.

Así nuestra América ha debido, en muchos casos, trabajar, crear, imaginar, intuir, descubrir e a sí misma y descubrir al mundo a partir de materiales prestados, arrebatados, de Europa. Por eso nuestros escritores y nuestros pensadores más auténticos tendrán siempre algo de héroes culturales, y su tarea será, como lo anoté en mi ensayo, prometeica, ya que de algún modo repiten la vieja hazaña de arrebatarse el fuego a los dioses.

En sus *Cuadernos de la cárcel* (obra que por cierto publicó por primera vez en español Gregorio Weinberg), escribió Antonio Gramsci que "todos los hombres son intelectuales, aunque no a todos los hombres les corresponde desempeñar en la sociedad la función de intelectuales". A través de mi trabajo he procurado mostrar que todos los hombres interpretan el mundo, y que es particularmente un tipo de escritor, el ensayista, quien se especializa en el trabajo interpretativo, en la búsqueda de sentido. Mi texto es así una terca defensa del sentido fuerte del ensayo, al que considero la concreción de esta ilimitada capacidad humana de entender la realidad y transformarla.

Hay en mi texto una "pelea" implícita con quienes quieren ver en el ensayo un género débil, provisional, fragmentario, no comprometido con la cosa y escrito siempre al margen de los discursos

canónicos. Una "pelea" también con quienes usan recetas académicas para entender algo que rebasa con mucho el plano del especialista para convertirse en una forma de entender la realidad y recrearla conceptual y simbólicamente. Se lo ha llamado "escritura pura", "discursividad pura", "táctica sin estrategia", a la Barthes, o "deriva de sentido infinita" a la Derrida. Muy por el contrario, quiero recuperar para el ensayo el sentido fuerte y la más profunda y generosa noción de "interpretación" ya planteada en nuestra América por autores como Mariátegui y Martínez Estrada, Medardo Vitier y Enrique Anderson Imbert, y quiero también enlazar el concepto de ensayo con el que considero el más agudo de sus críticos: Theodor W. Adorno.

El ensayo es puesta en valor, es estrategia antes que táctica, es esfuerzo interpretativo y es posiblemente la forma discursiva en la que se lleva a cabo de manera más admirable el debate en torno a representación artística y representatividad política. Es allí donde veo un rasgo distintivo del ensayismo latinoamericano, que no se caracteriza tanto por sus contenidos como por la preocupación de enlazar representación artística y representatividad política. Que de todo esto compendiado por un gran romántico, Esteban Echeverría, en su admirable declaración: "Hemos entrado en nosotros mismos con el propósito de conocernos". En este esfuerzo por ponerse frente al espejo, en este esfuerzo por examinar su papel en la historia y su compromiso con la fundación de una comunidad de destinos, creo ver la cifra de la labor ensayística latinoamericana. El ensayo se despliega desde un yo-aquí-ahora para reconocerse como parte de un nosotros en una comunidad territorial y en una historia compartida, hasta convertirse en un esfuerzo interpretativo, representativo, crítico, que debe lidiar no sólo con un campo intelectual sino con las condiciones de inteligibilidad mismas que gobiernan todo discurso.

Por mi boca y por mi mano hablan también figuras más cercanas, vitalmente próximas: la familia argentina que me despidió cuando partí con el título de antropóloga bajo el brazo, mis hermanos y la familia grande, y la familia mexicana, aquí presente, en buena proporción con tituida por los amigos, categoría en la que democráticamente ingresan mis "cómplices" en la literatura y en la antropología, compañeros y alumnos, y en la que no inscribo nombres propios porque seguramente cometería la injusticia de alguna omisión involuntaria. Y porque los nombres propios no

alcanzan a retratar los momentos felices de diálogo, de encuentro, de intuiciones compartidas, casi musicales, casi perfectos. Ellos me han ayudado a poblar de nuevo la vida. Todos ellos, y sus palabras, están hoy aquí.

Todos tenemos, claro está, musas inspiradoras. Las mías son tres, y se llaman Lucía, Laura y Carolina, la poesía, la ciencia y el arte. No sé si a cada una corresponderá en el futuro necesariamente ese campo y en ese orden, aunque sí estoy segura de su sensibilidad y su inteligencia, y estoy segura de que, sin ese estado permanente de domesticidad maravillosa en que me hacen vivir, yo no podría hoy seguir escribiendo.

¿Qué hacer con la parte material de este premio? Pagar el derecho a un cuarto propio. Hace muchos años que, entre llamadas de teléfono, cuentas, listas de obligaciones y de tareas pendientes e interminables interrupciones a la tarea de leer y de escribir, sueño, como Virginia Woolf, con un cuarto propio. Y sin embargo, sé que ese cuarto propio no podrá estar nunca lejos del calor de la cocina, lejos del hogar, porque pertenezco a la raza de los que prefieren estar solos y en compañía, buscando silencio interior en medio del ajetreo de la casa, intentando concentración en medio de la vida cotidiana. Soy de la raza que se nutre en la compañía, *qué alegría vivir sintiéndose vivido*, como diría Pedro Salinas, y nada tendría para mí sentido sin la certidumbre de que existe Carlos.

Es una enorme felicidad ser premiada por escritores que admiro tan profundamente: los maestros Julieta Campos, Sergio Pitlor y Cintio Vitier, y nunca olvidaré este premio dentro del premio que fueron las palabras de Gabriel García Márquez, escuchadas por mí en un pasillo improbable de un lugar improbable, casi como sueño.

En un cuento maravilloso, Heinrich Böll narra la historia de un escritor que por fin descubre que tiene un lector, que logra identificarlo y viajar, conmovido, a su encuentro. En pocas regiones la necesidad de lectores se vuelve tan urgente como en América Latina, donde los escritores están siempre sedientos de un espacio público más amplio. Que mi texto haya merecido la lectura atenta de tantos intelectuales de valía es un enorme premio por cierto para mí. Espero que a partir de este reconocimiento mi ensayo encuentre muchos lectores más.

Aguardo, con enorme optimismo, que este premio sea una incitación, un voto de confianza que grandes lectores me han otorgado para poder seguir escribiendo. Confío, con enorme optimis-

mo también, que mi letra siga adelante para que un día, por mi boca y por mi mano, sea yo capaz de hacer hablar, sea yo digna de representar, como mis más queridos autores, tanto el pan de la belleza compartida, el diálogo, el encuentro y la aventura del pensamiento, como el hambre, el silencio, el exilio y la soledad de América: aquí, desde la tierra, contribuir a construir nuestros paraísos y a combatir nuestros infiernos. Muchas gracias.